

FILOSOFIA Y RESPONSABILIDAD CRISTIANA

Fritz-Joachim von Rintelen
(Universidad de Maguncia).

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? (Ps. VIII, 5). Esta antigua pregunta se formula de nuevo en nuestro tiempo en que hace mucho se perdió la fe en el hombre. Hemos estado y continuamos en un tiempo lleno de dificultades y catástrofes, en un tiempo en que difícilmente, una generación anterior a la nuestra, ni siquiera podría sospechar lo que nos habría de caer en suerte. Más la soledad creció en nosotros antes todavía que la destrucción viniese. Esta soledad de la noche, lo niveló todo consigo, pobló todo de formas de sombras que se disfrazan. Tal soledad constituye para todos nosotros un aviso para agilizar la verdadera realidad personal de cada uno, un apoyo para reconstruirnos de nuevo racionalmente, tomando en cuenta los dramáticos fundamentos de la propia existencia, dejando así de cumplirse el proverbio "en tiempo de crisis vacila el sentimiento".

Cuando parece que las fuerzas más nobles se debían tornar pesadas es entonces que ellas se levantan. En ese sentido nos avisa la exigencia de nuestros días: "Inculca en el tiempo una gran idea para que él pueda vivir de ella".

Veamos como se llegó a este naufragio, a este vacío espiritual que siguió a los peligros internos y externos, que nos amenazan, de tal manera que nos encontramos en una época de crisis, en una época atormentada, sin puerto de salvación.

Juzgo que la causa está en gran parte en el desenvolvimiento histórico cada vez más acentuado del espíritu de escepticismo, en un intelecto definido más bien cuantitativamente que puede extender hasta lejos sus dominios, y más que todo limita en su metódica. Este intelecto ya no consigue dominar los surcos profundos de la existencia con las diferentes potencialidades: el miedo, la tranquilidad amenazadora y la apostasía de Dios.

Llegóse finalmente a un empobrecimiento progresivo del corazón. El hombre actual se esfuerza por eso, por conocer mejor esos dos extremos: por un lado, una entrega completa de sí mismo a los instintos desordenados de dominio y a la embriaguez de la vida; por otro, una contemplación puramente calculada e intelectual de la vida. Frecuentemente este último aspecto, con su éxito en la técnica,

está al servicio del primero, o sea de deseo de dominio. Si tomamos esto como la última palabra, quedamos apenas con el secreto del "Dasein" en las manos y caímos del todo, como dice Heidegger, en un fracaso completo de la existencia (Daseinsverfallenheit). Lo que resta de dicha tal situación se entrega a un nihilismo heroico y poderosamente organizado todavía no expresado; Nietzsche lo designa como "ruido muerto y silencioso" y Ernest Jünger como "punto cero". Este nihilismo sólo puede esperar una decisión vacía y lenta. Trátase pues de un pensamiento que no fué pensado hasta sus últimas consecuencias porque no está proporcionado a la naturaleza del hombre y a sus múltiples posibilidades. De una tal actitud podría decir Mefistófeles en Fausto: "Yo soy el espíritu que siempre dice no! y esto con todo el derecho, pues todo, lo que sucede tiene valor porque ha de desaparecer". El espíritu puede, cuando una de las grandes alianzas declina, degenerar en una inteligencia inferior, y Goethe acrecienta, a propósito, una observación llena de sentido estableciendo un cotejo entre los animales inferiores: las ratas, las moscas, las ranas...

Mas no podemos responder así tan fácilmente a éstas cuestiones; estamos profundamente sumergidos por un desenvolvimiento característico que históricamente casi nos impone en una crisis interna sin paralelo, de la cual la Filosofía de la Existencia es una respuesta dura pero fiel.

No debemos con todo, para hablar como Bollnow, avanzar de nuevo a través de la puerta de la Filosofía de la Existencia visto que ella en un aspecto formal, aunque verdadero, para volver al propio ser personal, no puede conducirnos afuera? Aquí mucho se podría decir del fundamento humano de la angustia y del desespere existencialista que llevó a las últimas y trágicas infra-estructuras.

J. Maritain dice a éste respecto no sin razón: "Nada es más fácil para una Filosofía que la de ser trágica, le basta solamente dejar su fardo humano".

Es cierto que hoy se habla nuevamente de valores más elevados; basta recordar sobretudo las preciosas ideas de Jaspers sobre la comunicación. Mas también se descubre cómo, a la par de la angustia, se nos depara la alegría humana, que se manifiesta plena de sentido y de valor. Si no atendemos a éste, caemos en una desorientación trágica, que puede expresarse del modo siguiente: Todo está vacío. El peso de la existencia (Dasein) y sus abismos de dolor deberían ser tolerados con fuerza y audacia, situación que no puede ser duradera; y quien no se esfuerza por eso, permanece finalmente juzgado.

Por más que nos esforcemos por colocar delante de nosotros la propia existencia, tal vez como último fin, no nos es lícito parar aquí; en efecto, en éste caso, no saldríamos de una pura finalidad progresiva, o sea, de una "finalidad indefinida". En un libro titulado *Filosofía de la Finalidad como Espejo del Presente*, procuro ya analizar mas

pormenorizadamente, según su origen e influencias, este heroísmo estóico de la finalidad, relacionándolo con la Filosofía de la Existencia y caracterizándolo como la señal particular de nuestro tiempo.

El que tiene fe en Cristo está en un ambiente espiritual que le permite considerar al mundo de este modo. Sabe, cuanto ocurre en la vida, con su mirar perspicaz, y que estamos en la más dura prueba y que existe la posibilidad de una desilusión total. Sabe que ninguna lucha interior, ningún dolor queda sin premio, que nuestras esperanzas indivisibles, que él todavía consigue conocer, no pueden con todo realizarse en nuestra existencia finita. Más "lo que destruye, construye", dice el historiador Eduardo Meyer, lo que quiere decir: Cuanto más es el hombre atormentado interiormente y mayores inquietudes pesan sobre él en acumulación de dudas y desesposos, tanto mejor puede esperar la aurora. La fe es dádiva de la gracia, la Filosofía es obra del espíritu humano que ciertamente será sentido en el corazón creyente como un reflejo del espíritu divino. Ya así pensaban S. Agustín y S. Tomás de Aquino y el tiempo evangélico tenía más acentuada todavía ésta separación. Deseo, por eso, hablar de una Filosofía cuyo objeto sea Cristo en su existencia más íntima, en cuanto en él se juntan íntimamente esas dos fuentes.

La fe posee un carácter de llamada, como fe viva presenta un aspecto invencible, sirve de mediadora entre el elevado sentimiento de profundo respeto por los misterios de Dios y de la vida, da una expectativa metafísica y una victoria sobre la mera finalidad, tiene el don de discernir y confiere una auténtica rehabilitación a nuestro ser decaído. La fe cristiana tiene aún una cualidad especial y propia, pues su plenitud nos enseña de un modo amplio a medir todo por los valores del corazón y a concebir partiendo de la fu-

erza profunda del amor, lo que determina una manera de encarar las cosas. Sabemos que ella es una defensa poderosa del hombre en su misión espiritual. Todas las épocas fueron "Magnánimas y abundantes en frutos, cuando la fe dominó", afirmó Goethe, aunque no lo decía en un genuino sentido cristiano. Mas lo que aparece como decisiva para nuestras consideraciones es que un hombre creyente recibió el organismo para la vida espiritual íntima, para la realidad trascendente, para una última preparación del corazón para Dios. Por eso permanecen vivos para el creyente las cuestiones sobre el pecado, el perdón la salvación, en conformidad con la imagen divina y con el hombre considerado como imagen de Dios.

Nunca hubo una teología que nos posibilitase el conocimiento exhaustivo de la esencia insondable de Dios. Paralelamente a la Teología positiva, hubo siempre una Teología negativa, ya desde el tiempo de S. Gregorio de Nissa (+391) que dice que nosotros podríamos hablar mejor de lo que Dios no es (Teología negativa) de lo que Dios es (Teología positiva). Con todo, existencias expresiones de sentido bien definido a pesar de que todas las palabras sean insuficientes. Dios es la última eminencia de todo, infinidad cualitativa no cuantitativa, pura medida de todo, eco invisible e infinito del mundo en cuanto en él tomamos contacto con lo que vale. No estamos por eso delante de una deformidad sino delante de una imagen más elevada que se presenta como invaluable fundamento de orden.

Su luz es comparable a la luz del día que primero torna visible los contornos y todo se proyecta en su verdadera posición, más aquí adquiere un sentido trascendental.

No es difícil que, históricamente, una Filosofía que conoce el vasto poder del espíritu se haya ligado a un fondo religioso semejante. Ya los griegos los

fundadores de nuestra cultura occidental, pensaban que el hombre podía, por éste camino, a través del "Logos" penetrar hasta las profundidades de los acontecimientos.

El espíritu es una interioridad inmaterial, mas absolutamente real que, como fuerza espiritual de orden y estructuración, confiere a todos los seres su forma y sus leyes que son objeto de las ciencias de la naturaleza; y en el ser humano, ese espíritu se torna consciente, mientras el espíritu inconsciente se atiene a su modo más sublime de ser. Hablamos entonces de espíritu personal y de sus posibilidades interiores. Este espíritu se torna pues, en las alturas de la razón, no sólo en un espíritu contemplativo sino también, según el lenguaje de Heidegger, en espíritu reflexivo (bessinende).

Es una experiencia de carácter peculiarmente elevada, el hecho del "Logos" en el mundo, como espíritu estructurador de las cosas, y nuestro espíritu viene finalmente a ser de la misma raza y del mismo origen divino.

El espíritu puede transformarse en nosotros en una vida creadora, en un espíritu de vida y el poder de proporcionar respuestas libertadoras. Por lo tanto no sólo se transforma en intelecto abstracto sino también en vida espiritual, en la cual se unen sensibilidad y espíritu.

Más las experiencias espirituales, cuando son aprendidas de una manera inequívoca, tiene un carácter completamente objetivo que de manera ninguna se puede decir arbitrario sino obligatorio.

La expresión de la verdad debe adquirir una expresión de sentido. Ser el espíritu es aprehender un sentido. Nos en-

contramos así delante de la prepotencia del espíritu que a todo da un sentido y esclarece todos los valores. Penetramos en los dominios del espíritu y alcanzamos el sentido para la formación de una jerarquía de los valores.

El espíritu puede, en virtud de su palabra y de su visión valorativa, presentarse como poderoso. Aspira por el presente perenne en el devenir, por lo intemporal a pesar de la temporalidad, por la medida perenne del sentido que se exterioriza en movimiento y por el descanso en los fundamentos de la existencia. Tiene también una cierta trascendencia temporal, y "Ser y Tiempo" no coinciden perfectamente como en Heidegger. De esta manera la cuestión del sentido vuelve hoy a ocupar de nuevo un lugar central en la filosofía, como se puede ver muy bien en la obra "Sentido y Ser" (editada por R. Wisser, 1960). Más el sentido yo no aparece aquí apenas inserto arbitrariamente como una cáscara de nuez en el mar de lo absurdo. (Nicolai Hartmann).

El espíritu que se manifiesta es, al mismo tiempo, el impulso para mantener una visión de clasificación interior, para dominar las disonancias del ser, y para encontrar en él un lugar acogedor. Esto se hace patente si se profundiza el problema del sentido y el problema del valor. Todos los días emitimos juicios de valor y estamos persuadidos de que en estos juicios, no podemos proceder de cualquier manera, antes bien pensamos que encontramos el carácter valorativo de esto o lo otro de que hablamos. De este modo, entro en un dominio que siempre particularmente me preocupó. Podemos sobre el aspecto del ser establecer hechos, formas y leyes determinadas.

En el aspecto del valor, aparece el "Espíritu que aprecia".

Su peculiaridad consiste precisamente, en el hecho de que un valor puede ser colocado en los diferentes grados de la escala en lo comparativo, si no en lo superlativo. Pensamos en el valor de la persona, en el valor de la fuerza de carácter, del amor, de la belleza, de los grados de perfección que encontramos por todas partes. Si estuviera convencido del valor de algún otro o de una realización, ello tendría para mí el carácter de incondicionado. Procuero entonces, una penetración más profunda, una visión ulterior del valor que se me depara.

Siguiendo el sentido de los casos que al principio referí me parece ahora que sólo la alegría y el amor consiguen descubrir enteramente el valor y tornarnos sensibles a él. Con todo, no hay ningún aspecto suficientemente profundo para fundamentar plenamente el contenido de una idea verdadera de valor.

Por profundidad entiendo aquí lo siguiente: interiorizarse, recogerse, compenetrarse. De esta manera nos rereferimos a la profundidad de un pensamiento, a la profundidad de la interioridad y sabemos que ellos no se pueden realizar plenamente. Hay profundidad en todas las situaciones elevadas en que la evolución significa estar levantado, ir por la cima, estar en la cima.

En la profundidad de la interioridad puede penetrar la psicología profunda. La profundidad de la Estética la puede descubrir el compositor-creador. La profundidad de las verdades de Dios, se esfuerza por presentarlas de nuevo el teólogo que explica la revelación. Sigue por lo tanto paralelamente una dimensión de la profundidad, la dimensión de la elevación, porque hay dominios, esferas de valores de diferentes especies que podíamos unir con la vieja tradición del pensamiento cultural europeo.

Ya Platón y Aristóteles descubrieron un jerarquía del BIEN. San Agustín juzga que podemos definir en este sentido el "Cambio de los grados del ser". Sentimos que inmediatamente un gran sacrificio o dedicación pertenece a una esfera de valores elevados como si se tratara de un valor vital. Tomamos continuamente de este modo una posición valorada. La filosofía en el cristianismo trató sobre todo de la idea jerárquica del ser creado, como "orden del bien" (*ordo bonorum*) para fundamentar la idea de Dios; también San Agustín habla de Dios como "Bien de todos los Bienes" (*Deus bonum omnis boni*).

Es la vía por eminencia, "*via eminentiae*" que encontramos descrita en Sto. Tomás y que actualmente es el camino que más nos impresiona para llegar al pensamiento de Dios.

No hay duda que se presentó, en el correr de la historia, una gran variedad de interpretaciones de valores, pero una interpretación más profunda llegará siempre a la conclusión de que realmente los valores fundamentales de la cultura reaparecen continuamente. Recordemos por ejemplo, el valor fundamental del amor que encontró expresión con mayor o menor profundidad en el Eros de Platón; en la fraternidad cristiana, en el humanitarismo y últimamente se acentuó en el amor social. Pude también en el coloquio de filosofía Occidental, realizado en Honolulu (Hawai) en 1939, en conversaciones con asiáticos y americanos, convencerme de que los valores fundamentales comunes, como responsabilidad, honestidad, veracidad, belleza y nobleza y todos los que podíamos aun encontrar en la antigüedad y lo mismo en todas las culturas, merecen reconocimiento y consideración. Esto evidentemente no quiere decir que no haya sucedido muchas veces y que no hayan fallas de valor y también ceguera de valores, una subversión del genuino sen-

timiento valorativo de la naturaleza humana, así como se manifestaron también fallas en todos los otros campos cuyas causas a veces vienen a ser la parcialidad, la ceguera y el fanatismo.

Vale la pena llamar aún la atención a una idea importante: En nuestra existencia finita por su campo limitado de acción, nunca es posible una realización perfecta, todo permanece siempre inacabado. Pero existe en cualquier valor genuinamente vivido, una tendencia de realización ilimitada. Por eso estamos orientados hacia la trascendencia, esto es, hacia un plano absoluto que existe esencialmente para bien de nosotros. Así, tenemos patente un camino, gracias al cual por el espíritu o por la esperanza, nos apartamos de las sombras de una finidad demasiado estrecha, una orientación de la cual decía San Buenaventura en el siglo XIII que consigue atraer un verdadero "incendio de amor" (*incendium amoris*). En este sentido, el conocimiento natural puede "enderezar los caminos" para recibir la Luz de lo Alto, la "gracia".

Entre tanto, todo este esfuerzo queda inútil e ineficaz si no es encuadrado en una realización existencial. Debemos identificarnos también con nuestro conocimiento espiritual y no sólo hablar de él. Cuántas veces verificamos con desilusión, que los hombres defienden elevadas ideas sin que éstas encausen su vida. Tenemos entonces la impresión, lo mismo en el Cristianismo, de una falta de autenticidad en el campo crítico; y están en juego intereses personales llegando a olvidarse completamente esos valores. Vemos bien en estas circunstancias la exigencia de insertar aquí una actitud existencial.

Creo que, si afirmamos el sentido del valor como verdadera suficiencia del hombre y preguntamos lo que significa la palabra valor, sólo podemos ha-

blar verdaderamente de él en la medida en que él fue realizado en los acontecimientos de la vida y en la medida en que subsistió una realización concreta que realmente traiga en sí, aquello que nosotros reivindicamos como digno de ser deseado, como debido, como tan elevado que se justifique por sí mismo. En este caso no se puede tratar apenas de un valor utilitario, sino que tiene que estar en juego un valor personal.

Si afirmo de alguien que es un hombre seguro, de confianza, no sólo no quiero esgrimir apenas una opinión subjetiva sino reconocer que de hecho este valor existe realmente en él. En este sentido acostumbramos apreciar no sólo a los otros hombres sino hasta las realizaciones y los acontecimientos del mundo que nos rodea. Por eso hablamos de un valor real, concreto, por ejemplo, de una buena acción, de una obra perfecta, de un gran acontecimiento, en el sentido de un realismo de los valores. No se trata, como hoy se acostumbra decir, de un "idealismo de alienación" sino de un "idealismo en las proximidades del "Dasein" existencia).

Es cierto que el espíritu ordenador debe esforzarse por elevar estos valores relacionándolos fundamentalmente con una objetividad espiritual; debe asimismo tornarlos presentes como convites apreciables comportándose así, en cierto modo, como el portador del sentido íntimo de nuestra existencia humana.

Terminando con una consideración teológica, podemos afirmar con la tradición cristiana, que por la realización de los valores, se nos depara una "intuición de Dios" todavía deficiente. (*imitatio Dei deficiens*). San Alberto Magno resume esta idea en la siguiente expresión imaginativa: "*Bonum est resonantia Dei in mundo*". El bien es la resonancia de Dios en el mundo.